

¿Qué pasa en Cuba?

JUAN CARLOS NAVARRO

Los recientes incidentes en la embajada peruana en La Habana y sobre todo la infinita gama de especulaciones, tomas de posición, análisis, reflexiones y sinrazones a que ha dado lugar con una profusión nada equiparable a su originalidad hacen difícil de resistir la tentación de terciar en el debate para cualquier sujeto interesado y comprometido con la dinámica política de nuestro país y nuestro mundo en general.

De entrada cabe clasificar en dos grandes grupos las opiniones vertidas al respecto: el primero, en el cual se incluyen, conscientemente o no, aquellos que intentan magnificar el incidente convirtiéndolo en la prueba del fracaso del socialismo cubano, cuando no del socialismo en general; el segundo, que encuentra una oportunidad para reflexionar a propósito de la posibilidad de un cambio social desde un punto de vista que, sin aceptar el chantaje según el cual toda crítica constituiría una carga de agua llevada al molino de la reacción, asume consciente y plenamente su compromiso con la factibilidad del socialismo (de una sociedad distinta y mejor) y su solidaridad con los pueblos que hoy transitan un camino, evitando, por supuesto, toda hipoteca a cualquier modelo revolucionario pre-fabricado. Cada grupo admite gradación y variedad en estilos, pero como están las cosas el primero se presta mucho más al comentario pintoresco cuando no a la mentira interesada, mientras el segundo se muestra propenso a los intentos de análisis exhaustivos de la situación, intención que no por loable logra evitar siempre el riesgo de la exageración de las dimensiones del problema.

Incluimos en el segundo grupo sin pretensiones de exhaustividad: he ahí nuestra intención.

10.000 EN UNA EMBAJADA

Los hechos son demasiado conocidos: innecesario entrar en detalles. Después de repetidas disputas en torno al derecho de asilo y a la constante situación de zozobra creada por grupos de cubanos que intentaron penetrar a la fuerza las embajadas del Perú y Venezuela, el gobierno cubano decidió retirar la vigilancia de la primera de ambas y formuló un llamado (incluso radial) a todos aquellos de la población que desearan a-

silarse para que se dirigieran a ella. El resultado fue que en cuestión de horas nada menos que 10.000 personas se encontraban en el terreno ocupado por la embajada, hecho que desató una campaña de prensa inmediata y adversa contra Cuba, campaña respondida en primer lugar por un comunicado oficial del gobierno cubano que calificaba de lumpen, marginales y homosexuales a los ocupantes de la embajada e involucraba a Perú y a Venezuela en el problema. Este comunicado brindó a la cancillería venezolana la oportunidad para emitir un ponderado pronunciamiento, tal vez el mejor que recordemos en el pasado reciente.

Una consideración serena de los acontecimientos debe comenzar por la constatación de la irreversibilidad del proceso revolucionario cubano. Hoy prácticamente todos, el Departamento de Estado el primero, cuentan con esa realidad como un dato del que hay que partir a la hora de cualquier análisis o iniciativa respecto al Caribe y a Cuba en particular. Y que la Revolución es irreversible quiere decir que el pueblo cubano la ha incorporado y hecho suya en la forma de un cambio progresivo radical en su vida, su cultura y sus relaciones sociales de modo tal que resulta a estas alturas imposible prescindir del socialismo a la hora de pensar cualquier futuro para Cuba; un retorno al capitalismo es imposible y no es la fuerza de las armas lo que lo impide sin duda. Esto es, mucho más que las masivas demostraciones de apoyo al régimen, lo que permite darle un mentís a la descalificación de plano del socialismo cubano en virtud del incidente de la embajada.

Una de las más difundidas versiones ha querido hacer aparecer el asunto del derecho de asilo como el centro de todo el problema, basándose en la insostenible posición cubana según la cual la calificación de asilo corresponde al país sede, posición justamente adversada por nuestro país. Más allá de que este sea uno de tantos elementos que complican el cuadro, no puede por sí sólo más que brindar una visión en extremo superficial.

No carece sin embargo de importancia el dilucidar el verdadero carácter de los ocupantes de la embajada. A estas alturas es claro el despropósito de hacerlos aparecer como asilados por persecu-

ción política: independientemente de la presencia de algún elemento clasificable en esta categoría, la dominante está dada por descontentos con algún aspecto de la vida contemporánea de Cuba, por ciudadanos no integrados al proceso revolucionario cubano y que han preferido buscar otras formas de vida, más o menos idealizadas por el "efecto de demostración". El que los asilados son lumpen es una afirmación inaceptable (aunque el mismo FBI ha reconocido que algunos lo son) pero el que todos sean unos trabajadores modelo portaestandartes de la resistencia al régimen lo es por lo menos tanto como lo anterior. Los problemas habidos a la hora de asumir las consecuencias de la emigración por parte de las naciones más beligerantes en el plano diplomático son una señal en tal sentido, así como la negativa del Pacto Andino a emitir un pronunciamiento de condena en términos categóricos del régimen cubano, como hubiera sido el deseo de algunos de sus miembros. Al decir esto no tratamos de señalar todos los problemas que la situación presenta sino simplemente ubicarlos en un terreno más fructífero por la vía del descarte de las más burdas interpretaciones.

LA GUERRA FRÍA

Si resulta claro que el "affaire" de la embajada peruana ha venido siendo manipulado descaradamente con propósitos muy claros y jamás coincidentes con los intereses del pueblo cubano, a veces no lo es tanto el contexto en el que se sitúa tal manipulación, nada ajeno al relanzamiento de la guerra fría por parte de los EE.UU. (y sus aliados) a nivel mundial y que amenaza con "calentarse" cada vez más en el Caribe y Centroamérica. Los antecedentes son recientes (acusación de presencia de fuerzas militares soviéticas en la isla hace unos cuantos meses) y la importancia de la maniobra es neurálgica para lesionar el prestigio internacional de Cuba al frente de los países No Alineados y la potencial influencia antiimperialista a movimientos populares de gran fortaleza como los que se desarrollan hoy en Nicaragua, en El Salvador y en Guatemala. La parcialidad que subyace al escándalo queda en evidencia cuando se compara la importancia atribuida a este hecho en comparación a otro de gravedad por lo menos

igual como lo fué el ataque del ejército guatemalteco a la Embajada Española en la que se encontraban asilados decenas de campesinos, todos los cuales murieron calcinados como producto de la operación, que estuvo a punto de ocasionar la muerte también al embajador español.

La posición oficial del gobierno cubano se ha encargado de resaltar este aspecto de la cuestión, convirtiéndolo prácticamente en el centro de su posición frente a los voceros de la embajada peruana. Es evidente la influencia de este cuadro político general sobre la situación, pero es preciso por lo menos, preguntarse si contentarse con la explicación referida no implica, al menos en parte, pasar al lado de hechos con una significación bastante más rica. Si la campaña de descrédito para con Cuba es un hecho ¿Cómo o por qué el gobierno Cubano le dió al imperialismo tan buena oportunidad para adelantarla e intensificarla a tal grado? La excepcionalidad que reviste el hecho de 10.000 personas aglomeradas en las condiciones del caso comporta una fuerza noticiosa que no debió pasar desapercibida al gobierno cubano.

UN CALCULO ERRADO

En esta como en otras oportunidades, uno de los principales enemigos de Cuba ha sido los marcados rasgos autoritarios del actual esquema político que rige la sociedad cubana. Esos rasgos son los que ocasionan que sea prácticamente imposible tener otra versión cubana de los hechos que no sea la oficial, que produce por naturaleza desconfianza aún al más solidario, rasgos que también impiden entender la verdadera dimensión de ciertos hechos que a falta de mayor información aparecen como errores garrafales de la dirigencia cubana, casi imperdonable en un gobierno serio y fogueado en las más arduas situaciones diplomáticas; enumeramos: ¿Cómo no se calculó suficientemente la magnitud de la reacción de ciertos sectores a la llamada radial a dirigirse a la embajada peruana una vez que se retiró la custodia a la misma? ¿Cómo si lo anterior no fue fruto del error, se subestimó la capacidad de los medios informativos exteriores de lanzar una efectiva campaña de descrédito, cuyo saldo es hasta el momento negativo para Cuba? ¿Cómo explicar el insólito estilo del Editorial del Granma al adjudicar injustificables calificativos a los asilados? ¿A dónde conduce la absurda posición de la Cancillería Cubana respecto al problema del derecho de asilo?



Si a todas estas preguntas subyace una ¿por qué no se conoce mejor lo que está pasando a lo interno de Cuba?, es claro que no vale resignarse a la eterna interrogación, siendo preciso dar algún paso en la dirección de formular respuestas tentativas que iluminen la reflexión constructiva.

Parece difícil en este sentido dejar de establecer alguna relación entre lo acaecido y una situación de descontento real que, coyunturalmente, y más allá del efecto de demostración que mencionábamos, afecta hoy a ciertos sectores de la población cubana, descontento fruto de situaciones pasadas o presentes no todas fáciles de establecer y que, es necesario repetirlo, no invalidan en ningún momento en forma total la experiencia del socialismo en Cuba. Una lista tentativa de estas circunstancias podría remontarse tal vez al fracaso de la zafra de los 10 millones de toneladas en 1970, a la reformulación de importantes aspectos de la política económica, según algunos con un giro hacia formas soviétizantes, a las opiniones divididas respecto al envío de tropas a Africa y, más recientemente al período actual de revisión y reacomodo burocrático, indudable pero de significado aún

no muy claro, así como las contradictorias versiones respecto al papel actual del liderazgo de Fidel Castro.

Si bien la Revolución Cubana ha logrado diferenciarse en aspectos importantes del modelo soviético habiendo conseguido una organización y un nivel de participación popular importante en una serie de ámbitos, ya es difícil probablemente para muchos cubanos continuar supliendo ciertas carencias con un exceso de mística revolucionaria, y al régimen le puede resultar cada vez más arduo el auto-legitimarse por el recuerdo de los grandes logros (y efectivamente lo fueron) de la revolución en sus años iniciales.

Pensamos que en el sentido de esclarecer algunas de las incógnitas aquí anotadas debe apuntar todo intento serio de reflexión acerca del socialismo, más allá de los 10.000 y más acá de todo intento interesado de contrarrestar o maximizar los logros del pueblo cubano.